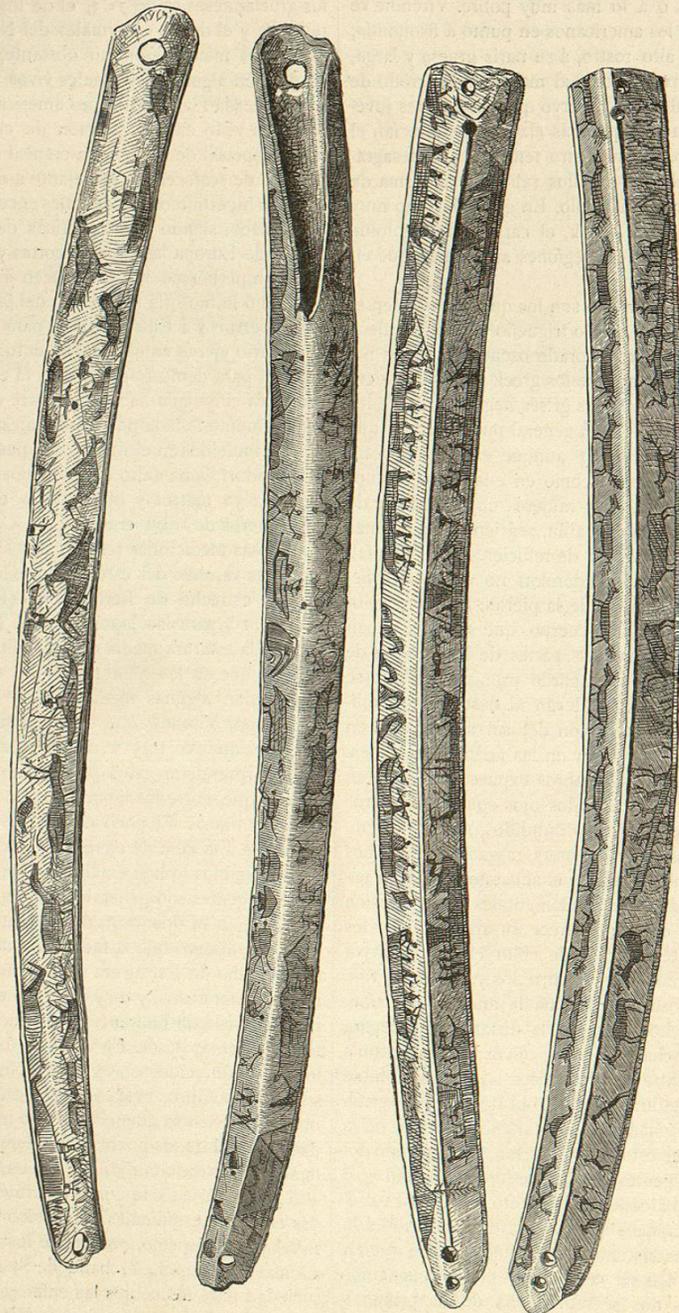


esta regla general. Rosse opina como Cook que los hiperbóreos no llegan á una edad avanzada. «Nunca - dice Cook - ví un hombre ni una mujer cuya edad pudiera apreciarse en los 60 años, siendo pocos los que excedían de 50: probablemente su existencia estaba acortada por su

penoso género de vida.» Lo contrario oímos decir respecto de los lapones entre los cuales no es ninguna rareza una edad avanzada, algunas veces de más de 100 años, pero hay que tener en cuenta que éstos hacen la vida más resguardada y constantemente activa de pastores. Los esquima-



Dibujos en huesos (dietario) de los chuktches. (Museo Municipal, Francfort en el Mein)

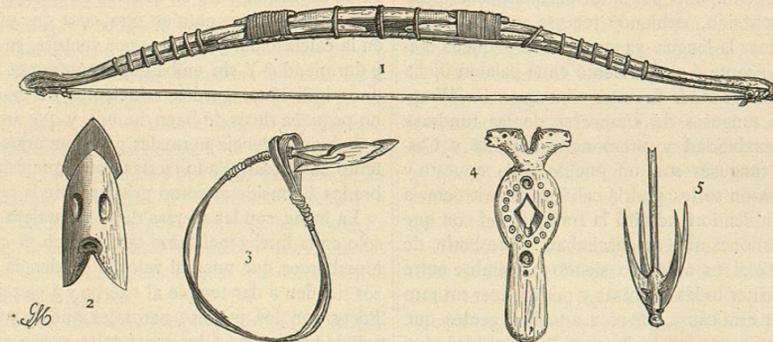
les del estrecho de Bering sienten el frío casi tanto como los marineros europeos y á duras penas pueden resistir las diferencias climatológicas: el teniente Holm refiere que los esquimales del Este de Groelandia no pueden á menudo soportar el clima de las costas occidentales. Constituyen una excepción de esta regla los cazadores del Norte de

Asia, especialmente los tunguses que provistos de la piel que les sirve de cama y de los instrumentos para encender el fuego pasan en el bosque las heladas noches del más crudo invierno. Middendorf cita como particularidad de los hiperbóreos asiáticos «ciertas contracciones á modo de sacudidas de los músculos» que se observan en los movi-

mientos del cuerpo y especialmente cuando hablan. Es indudable que la crudeza del clima produce desastrosos efectos en la población, siendo una de las causas no menos frecuentes de muerte el helamiento de caminantes extraviados.

Las mezclas de razas constituyen un hecho frecuente entre los habitantes de aquellas costas tan visitadas por los navegantes (véase el grabado de la pág. 116). Prescindiendo de las hipótesis vacilantes como la que atribuye á los aleutianos un origen tártaro-indio, la influencia de la mezcla aparece clara entre los groelandeses orientales. Graah describe á los esquimales del Este de Groelandia como raza mejor y bajo todos conceptos más elevada que la de los del Oeste y dice que los hombres son altos y robustos y que las mujeres están bien formadas y algunas de ellas dotadas de hermosos rostros, descripción que confirma el

teniente Holm. Las barbas negras y cerradas que entre ellos vió el misionero Brodbeck no corresponden al tipo esquimal. En el estrecho de Cumberland las mezclas con pescadores de ballenas son frecuentes, según Abbes, contrayéndose allí como en la Groelandia danesa bastantes uniones perpetuas. Al decir de Pinart los isleños de Kadjak están muy mezclados con los kolosches y por esta razón se separan bajo varios conceptos del tipo esquimal, distinguiéndose de los verdaderos esquimales por su mayor estatura, por su color amarillo más oscuro ó bronceado, por tener los pómulos menos salientes y la nariz menos chata y porque en ellos, finalmente, raras veces aparecen los ojos muy oblicuos: además, contribuye á hacer de ellos una raza exteriormente más kolosche que esquimal el achatamiento de la cabeza apretándola por detrás con tendencia á dar á ésta igual longitud que anchura, detalle que no encontra-



Armas de hueso de los esquimales de Labrador: 1. Arco. - 2. Punta de arpór. - 3. Arpones. - 4. Bruñidor de flechas. - 5. Anzuelo [(Museo Británico, Londres).

mos como rasgo originario de los esquimales. También los resultados de los cruzamientos de los lapones con fineses y noruegos realizados en la Laponia oriental tan poblada de colonias finesas, nos ofrecen gentes perfectamente formadas dotadas de una inteligencia que á menudo en nada cede á la de razas superiores. Entre los lapones no son raros los niños blancos con rubia cabellera y los adultos de azules ojos y cabellos castaños. Si, á pesar de esto, este pueblo ha sido proverbialmente designado como pueblo de color oscuro, bien podemos afirmar en la actualidad que los cruzamientos han debilitado este oscuro tipo en otro tiempo dominante.

En pocos pueblos como entre los habitantes más septentrionales del Asia puede presuponerse de una manera tan general la mezcla de distintos elementos de raza, pues en sus territorios la experiencia histórica ha demostrado como en ningún otro la existencia de grandes emigraciones amén de que la lingüística ha descubierto varias afinidades entre los idiomas, afinidades que en el samoyedo encontró Castrén observando en él íntimas analogías con el finés y con el mongólico. Partiendo de la base de los rasgos corporales, pueden distinguirse en los pequeños pueblos nortasiáticos como el de los yukagires dos tipos que cabe calificar de finés y de mongólico, estando fuera de toda duda que con estos no se agota el número de elementos de cruzamiento, entre los cuales no ocupa el último lugar la influencia de los europeos. Middendorf habla de yakutas que acusan un tipo ruso y recuerda la costumbre que tienen los tunguses y otros de alquilar sus mujeres á los colonos rusos, á los buscadores de oro y á los cosacos. Teniendo en cuenta todos estos detalles habremos de decir con este autor «que no nos admira el gran número de tipos

de transición, sino que por el contrario, nos sorprende que existan todavía tipos característicos.»

La mayoría de los testimonios que poseemos en punto al carácter de los hiperbóreos es favorable á éstos: un conecedor tan perfecto de ellos como Graah describe á los groelandeses orientales como los hombres más inofensivos, más bondadosos, más nobles y más virtuosos de la tierra; si suprimimos este último dictado, tendremos confirmada la calificación de «nobles, bondadosos é inofensivos» que los rusos dan á casi todos los pueblos del Norte de Asia. De los aleutianos especialmente han trazado Golowin y otros autores cuadros que en punto á sinceridad y nobleza no ofrecen la menor sombra. De los primeros sabemos que no cierran nunca sus *jurtes* en donde guardan sus escasos bienes, no habiéndose dado caso alguno de que un orotchón haya robado á otro. Los cazadores rusos refieren que el orotchón sólo cuando siente el agujijón de una necesidad extrema se apodera de las provisiones que algún cazador ha dejado detrás de sí como reserva. Poco significa en contra de esto el hecho de que el trato con los blancos y especialmente con los navegantes les haya movido á intentar engañar á éstos, como sucedió á la tripulación del «Vega» que en sus cuarteles de invierno se vió á veces obligada á comprar dos veces un mismo objeto y á la cual procuraban los indígenas engañar de la manera más cándida acerca del valor de algunas cosas, como por ejemplo cuando querían vender como liebres zorras á las que previamente habían cortado la cabeza y las piernas. Nordenskiöld dice que en un principio eran sumamente nobles y Rosse ensalza su amor á la verdad y su espíritu de justicia. La nobleza de los nortasiáticos impresionó tan profunda-

mente á Middendorf que lleno de admiración exclamó: «¿De dónde proviene esa ejemplar nobleza en tan pobres gentes?» Y á esta pregunta contesta con la hipótesis de que en otro tiempo estos pueblos se vieron regidos por una justicia cruenta. Sin vacilar puede afirmarse que la historia de las expediciones polares registraría un número mucho mayor de víctimas del que hoy cuenta á no haber sido por el auxilio eficaz y por el espontáneo apoyo de los pueblos hiperbóreos, conservándose memoria eterna en los anales de la historia de los descubrimientos de algunos nombres de esquimales como los de Hans y Joe que salvaron á un destacamento que arrastrado por un témpano corría á una muerte cierta.

Los hiperbóreos son tan hospitalarios para con los extranjeros como entre sí: su sistema de vida es un maestro excelente para enseñarles las virtudes sociales; la más extremada cortesía se impone por sí misma para hacer posible la vida de cohesión, debiendo tenerse ante todo gran cuidado en refrenar la lengua ya que la más pequeña manifestación mortificante ó simplemente «una palabra dicha refunfuñando» puede tener funestas consecuencias. Wrangel califica á los tunguses de «franceses de las tundras» por su viveza, amabilidad y ceremoniosa cortesía y Castrén dice: «Los tunguses son un pueblo fino, apuesto y elegante y con razón se les podría calificar de aristocracia de Siberia.» Middendorf admiró la tranquilidad con que decidían las cuestiones que se suscitaban sobre botín de caza. El trato social es animado siendo costumbre entre los chuktches visitar todas las casas y permanecer un rato en cada una: por esta causa creyeron aquellas gentes que lo mismo podrían hacer con los buques, lo cual hizo que los europeos les calificaran erróneamente de entrometidos. A pesar de ser los chuktches de los que más acostumbrados están al trato con los blancos, algunas tripulaciones que en los últimos años han invernado entre ellos han sido objeto de una acogida verdaderamente cariñosa. El piloto alemán del «Corwin», Bruch, traza un verdadero idilio cuando describe con la mayor sencillez la vida que allí hizo: «La gente — dice — nos trataba por lo general bastante bien, á nadie le era permitido ocupar el sitio de la casa que nos había sido destinado, y cuando había de qué comer, para nosotros eran los mejores bocados. A menudo nos daban carne; si las mujeres creían que no podríamos comerla observaban cuidadosamente el gesto que poníamos al tomar el primer bocado y si la comida no nos gustaba no teníamos necesidad de tragarla puesto que siempre nos traían algo mejor. Había conservado en mi poder un calendario en el que cada noche borraba un día; aquellas gentes se fijaron tan bien en esto que habiéndome olvidado un día de hacer esta operación me presentaron inmediatamente el papel. Cuando viajábamos con tiempo frío ponían especial cuidado en que no nos heláramos y si observaban el menor síntoma de congelación en la nariz, en las mejillas ó en la barba se quitaban inmediatamente los guantes y con las manos calientes restablecían la circulación de la sangre en la mancha helada. Cuando nevaba no querían dejarnos salir solos de casa.» El saludo de nariz es común á todas las tribus esquimales, á los samoyedos y á los lapones: el beso en cada mejilla de que nos habla Middendorf refiriéndose á los samoyedos es una costumbre importada. Son también dignas de admiración su elocuencia y su afición á hablar. En la regularidad militar con que los samoyedos aprestan sus trineos y organizan los viajes y los campamentos se descubre un sentimiento natural de orden y disciplina. En cambio estas mismas gentes son terribles cuando se encolerizan y su sed de venganza no

conoce límites, entregándose á ella con el mismo furor que los más ardientes habitantes de los trópicos.

En medio de todas estas cualidades generalmente extendidas surgen algunas singularidades hijas de circunstancias naturales ó de la acción de las condiciones de existencia. «Enfrente del ambicioso y emprendedor yakuta y del activo y valeroso tunguse que no retrocede ante el mismo asesinato, preséntase bondadoso y pacífico el samoyedo» (Middendorf). Todos, empero, están unidos por una cierta apacible resignación muy distante de la melancolía que les han achacado los que han estudiado su vida con nervios civilizados. «Este hombre ártico singular — dice Clarence King — cuya triste existencia va unida, á pesar de algunos inconvenientes posibles de vencer, á una naturaleza que parece incompatible con el ser humano, ¿no ha de sentirse oprimido, triste y por siempre abatido por la amarga carga de las condiciones en que se ve obligado á vivir? ¿Puede pensar ni un momento en otra cosa que en el alimento y en la calefacción? ¿No pasa, por ventura, su vida luchando y durmiendo? Y sin embargo, encontramos en vez de esto unos individuos gordos, relucientes de grasa, dotados de no pequeña dosis de buen humor, y que además del valor y de la inteligencia normales para procurarse el diario sustento han desarrollado ciertas dotes que estamos acostumbrados á considerar como privilegio de la civilización.»

La lucha con las fuerzas de la naturaleza ha influido no sólo en la inteligencia sino también en el carácter de los hiperbóreos, que unen al valor la prudencia y cuyos esfuerzos tienden á dar temple al cuerpo y á ejercitar la bravura. Pocos son los pueblos naturales que en punto á fuerza y agilidad aventajan á los esquimales: por lo que á estas cualidades toca, los tunguses ocupan el primer lugar entre los norteamericanos, recordando sus luchas los torneos de la Edad media. En Groelandia cuando algún sujeto de fama oye decir que en otra comarca vive uno que trata de disputarle su categoría en la esfera de la celebridad, pónese inmediatamente en camino para medir sus fuerzas con él: en este caso la lucha se inicia con la mayor cortesía siendo el forastero recibido con todas las consideraciones; el combate, para el cual los dos rivales se desnudan de medio cuerpo para arriba, se lleva á cabo según determinadas reglas, pero el orgulloso vencedor se deja llevar fácilmente á infracciones de las mismas, lo cual es causa de pendencias entre las familias enteras. Rink dice que este orgullo sólo puede compararse con el espíritu de familia de los groelandeses que les hace estar dispuestos á todo. Los ejercicios que con más afición se practican son el salto, así de altura como de anchura, levantar piedras, los juegos de bolos de distintas clases y las carreras, en las que á veces los hombres provistos de un palo corren por espacio de dos ó tres horas á mucha distancia uno de otro. Los juegos son innumerables, estando en la actualidad muy extendidos en Groelandia y en el estrecho de Bering los de naipes. Los desafíos á consecuencia de ofensas son frecuentes entre los tunguses, aun entre los parientes más inmediatos. La frecuencia de las luchas endurece y vuelve cruel y de aquí el espíritu vengativo y la iracundia que se atribuye así á los chuktches como á los esquimales groelandeses. Por desgracia no son raros los asesinatos por envidia, por codicia y especialmente por sed de venganza y en este último caso el asesino devora con gusto un pedacito de corazón ó de hígado de su víctima, creyendo que con esto hacen enfermar los corazones de los parientes del muerto á los cuales extienden su odio vengativo. Entre los esquimales existen ejemplos de enterrar en vida á viudas desamparadas y á niños huérfanos y de abandonar á des-

validos ancianos, y por otra parte son en gran número los casos de dolor sincero por la muerte de algún pariente. Al lado de las muchas opiniones favorables registraremos aquí la de Hayes, un tanto pesimista, que califica á los esquimales de pueblo negativo no atribuyéndoles otra cualidad positiva que la incertidumbre: en todo lo demás les vió apelar á evasivas ó por lo menos esperar mucho tiempo, es decir ser todo lo contrario de lo que supone actividad. En caso de enfermedad ó de apuro no prestan auxilio espontáneamente pero tampoco lo niegan si se les pide: la beneficencia activa es cosa desconocida para ellos, pero hacen lo que más á ella se aproxima que es no negar el socorro. El cazador desgraciado que no ha herido pieza alguna ó que ha perdido su perro, la familia desamparada cuyo jefe ha muerto, el mismo perezoso no son nunca rechazados de las pobres cabañas de estos habitantes de los desiertos de hielo, pero tampoco serán invitados á entrar en ellas: pueden llegar y tomar lo que allí encuentren cual si fueran de la familia, esto se reputa cosa natural; pero si se supiera que yacen extenuados á alguna distancia de la choza á nadie se le pasaría por las mientes acudir en su ayuda. Estos hombres son de todo el mundo los que más piensan en sí mismos; nunca acude á su pensamiento la idea de esperar auxilio de nadie y por ende tampoco se les ocurre ofrecerlo; no mendigan, pero tampoco prestan ni hurtan; no se hacen regalos pero tampoco se roban. Es imposible imaginarse gentes más insensibles que éstas: sus mismos perros demuestran más interés que ellos por el bienestar de sus compañeros.

Las faltas propias de estos pueblos estriban principalmente en la relajadora afición á los placeres: el amor, el aguardiente y los juegos de azar han desfigurado el carácter de los hiperbóreos. Los vicios contrarios á la naturaleza son comunes á los aleutianos y á los esquimales, encontrándose muchas veces, como entre los americanos, una clase especial de hombres afeminados. De todos los dogmas cristianos el de la castidad y el del matrimonio son los que menos influencia han ejercido en las costumbres de los samoyedos, tunguses, etc., convertidos al cristianismo. Desde Jarkino (Siberia septentrional) escribe un observador: «El sentimiento del pudor parece faltar aquí por completo, ejerciéndose públicamente todas las funciones del humano organismo. El que no está acostumbrado á semejante género de vida siéntese tan molestado por lo que se ve obligado á ver y á oír y se considera de tal manera rebajado á sus propios ojos que acabaría por despreciarse á sí mismo y por despreciar al mundo entero. Esta falta de vergüenza aumenta todavía gracias á la circunstancia de vivir juntos y mezclados los casados y los solteros. La pubertad se presenta, al parecer, entre estos pueblos más normalmente que en ningún otro.» El cambio de mujeres se considera como consecuencia natural de la hospitalidad.

El aguardiente es el azote de los pueblos septentrionales á los que perjudica corporal y moralmente. Cuando en 1880 el «Corwin» visitó al resto de la población de la isla Laurentius que había podido resistir el hambre y el frío, á los cuales sucumbieron tantos compañeros de tribu, lo primero que pidieron aquellas gentes, antes que alimento, fué aguardiente. El contra maestre alemán, Bruch, refiere: «Cuando los chuktches tienen aguardiente vuélvense perezosos y pendencieros; mientras queda una gota del líquido nadie se cuida de cazar, lo cual contribuye en gran manera á que sean tan escasas las provisiones para el invierno. Cuando están beodos lo primero que hacen es tirar de sus cuchillos, siendo desde aquel momento imposible ir con ellos pues, según sus propias referencias, á menudo han sido por ellos

heridos ó muertos muchos infelices que se descuidaron de tal precaución.» El aguardiente es causa de que el comercio no produzca beneficio alguno á los hiperbóreos ya que á cambio de una partida de esta bebida aunque sea de la clase más mala no vacilan en entregar á los comerciantes y á los pescadores de ballenas pieles, dientes de morsa y pescados en abundancia. Como bebidas espirituosas propias, sólo los pueblos de Bering que han estado en contacto con los rusos tienen una fermentada hecha con azúcar y harina.

Si trazáramos una escala de la limpieza de los hiperbóreos veríamos que los más de éstos se hallan en este concepto á muy bajo nivel, lo cual se explica perfectamente con sólo tener en cuenta que las condiciones climatológicas exigen trajes muy cerrados y una vida en común muy íntima. Este factor se tiene también en cuenta al juzgar sobre el color de la piel desde que Middendorf ha referido que no reconoció á la samoyeda con la cual había vivido semanas enteras en el campamento, por el simple hecho de haberse lavado. Los aleutianos pueden ser calificados de relativamente limpios; por el contrario parecen ser los más sucios de todos estos pueblos los nómadas rengríferos del Norte de Asia, en cuyas pequeñas tiendas arde un fuego que es capaz de cubrir de hollín toda la piel. Los observadores conceden el premio de limpieza á los lamutas del Kolima.

Muchos son los que han celebrado la finura de los sentidos de los hiperbóreos; Middendorf califica de bien educados los sentidos, especialmente el de la vista, á pesar de lo cual pudo observar en ellos una ineptitud casi increíble para distinguir ciertos colores parecidos como el amarillo, el verde y el azul, y sólo acertaban á conocer, y esto no sin pensarlo mucho, los tonos más pronunciados de los mismos. Para ellos todos los colores oscuros coinciden con el color negro. Esto, empero, no se opone á los resultados que dieron las pruebas hechas con los lapones y de los cuales se desprende que entre éstos el sentido de los colores está bien desarrollado pero el vocabulario no contiene términos bastantes para las denominaciones. Kirchoff hace notar la riqueza de palabras que tienen los samoyedos para expresar los diversos matices del pardo ó gris de los rengríferos. Las admirables disposiciones que demuestran los esquimales en la pesca de los tiburones serían imposibles sin una gran finura de sentidos que en ellos va siempre unida á un gran espíritu de observación respecto del cual nos da Kane muchas noticias: á un esquimal que fué á visitarle en la bahía de Rensselaer le oyó decir este viajero: «Cuando aquella estrella de allí haya llegado hasta este punto y no esté más alta que esa otra, será tiempo de uncir los perros.» El propio autor añade: «Estas gentes conocen á la perfección cuanto á su árida patria se refiere. El menor cambio de tiempo, de viento ó de hielo es por ellos atentamente observado y la influencia que tales variaciones ejercen en las bandadas de las aves emigradoras está prevista con la misma perspicacia con que se siguen las costumbres de los animales sedentarios.» También cita Kane varios ejemplos que demuestran el acierto con que profetizan el tiempo y su habilidad para encontrar manantiales. Klutschak ensalza asimismo la viveza de su espíritu de observación y dice que éste es propio así de los hombres como de las mujeres y de los niños. Las mujeres se distinguen especialmente en el trazado de mapas, según refieren Parry y muy posteriormente Boas. Al decir de Middendorf la mayoría de los tunguses están en condiciones de aptitud para dibujar mapas exactos en la arena ó en la nieve para indicar el camino que haya de seguirse ó explicar